

La serie Debate Sindical publicada por la Fundación Friedrich Ebert en Argentina tiene por objeto presentar análisis, informaciones, documentos y ensayos sobre temas sindicales y laborales, tanto a nivel nacional como internacional. Este material, que por su carácter sintético permite una rápida información por parte del lector, está destinado a dirigentes sindicales como asimismo a políticos e investigadores relacionados con el campo laboral.

CHILE - ARGENTINA: PERSPECTIVA SINDICAL

EDUARDO ROJAS

Presentación

Introducción

Sin lugar a dudas, los sindicalismo chileno y argentino han recorrido caminos diferentes y particulares a lo largo de las últimas décadas. Si bien hasta 1945 los dos sindicalismo se caracterizaban por la presencia de ideologías políticas similares, después del surgimiento del peronismo, el sindicalismo argentino entró en una nueva etapa que se caracterizó por un cierto aislamiento frente al sindicalismo de los países vecinos e internacional.

La internacionalización de la economía, el fortalecimiento de las relaciones políticas internacionales, el desarrollo de las comunicaciones, los necesarios proyectos de integración regional, etc., han creado para el sindicalismo en general la estricta necesidad de estrechar relaciones, coordinar acciones y apoyarse mutuamente. La experiencia de una dictadura militar que debilitó y perjudicó el desarrollo del sindicalismo en Argentina y la permanencia de una férrea dictadura en Chile, hace aún más necesario, por encima de todas las diferencias ideológicas y programáticas, una cooperación estrecha entre el sindicalismo argentino y chileno. Esta cooperación debe tener asimismo como objetivo acabar con la dictadura todavía existente en Chile y crear las condiciones para hacer imposible el surgimiento de regímenes autoritarios y antidemocráticos en ambos países. En el siguiente trabajo, Eduardo Rojas, quien fuera un importante dirigente sindical chileno hasta 1973, analiza los diferentes desarrollos de los sindicalismo en ambos países y trata de exponer las bases para una futura cooperación. Rojas pone énfasis en su análisis sobre la obligación del sindicalismo argentino, debido a sus condiciones más favorables, de actuar en apoyo del movimiento sindical chileno, que como consecuencia del permanente ataque por parte de la dictadura militar, se encuentra en una situación muy difícil y necesita de la solidaridad de sus compañeros argentinos.



A87-4652

Los artículos que publicamos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no traducen necesariamente el pensamiento de la Fundación Friedrich Ebert. Se admite la reproducción parcial o total de sus trabajos, como asimismo de sus ilustraciones, a condición de que se mencione la fuente y se haga llegar copia a la redacción.

INDICE

	Pág.
1. Una relación históricamente difícil	7
2. Los Movimientos Sindicales	10
3. Un punto a considerar: Las diversas situaciones de Argentina y Chile, hoy	13
4. Algo en común: Las mutuas dificultades para distinguir lo internacional	16
5. Los desafíos comunes y las líneas generales de acción	17

1. Una relación históricamente difícil

Chile y Argentina no son dos países que hayan tenido, a pesar de excepciones importantísimas para ambos como lo fue el tiempo de la independencia, una relación armoniosa y complementaria. Afirmación tan categórica sorprenderá a más de alguien poco informado de las historias respectivas, más aún si se sabe de la comunidad de origen étnico, cultural y lingüístico, aparte los lazos que crea siempre una determinante vecindad geográfica.

La existencia y notable persistencia de conflictos limítrofes, particularmente en el extremo sur del continente, expresión aparente sea de destinos “geopolíticos” contradictorios, o de competencia en el acceso a zonas y riquezas naturales supuestas —cuya importancia y real existencia, nunca se demuestra científicamente—, da una cierta base real a esos conflictos y contribuye a que debidamente estimulados, adquieran a menudo una importancia nacional.

Por esa vía y con el tiempo, se va haciendo parte del “sentido común” en ambos pueblos, una tendencia al rechazo primario del otro, que adquiere dimensión en la imagería, los prejuicios y la cultura popular y genera un medio social favorable a cualquier manipulación, si quienes dominan lo estiman necesario para resolver situaciones en que la estabilidad de su poder pueda peligrar.

Aquí quisiéramos ubicar un primer matiz: decíamos que lo antichileno o viceversa lo antiargentino, se hacen sentido común a nivel popular. Distinta es la situación entre las elites que controlan lo básico del estado y la economía en ambos países, las cuales si se las observa con rigor, muestran innumerables lazos y vinculaciones, productivas, financieras, comerciales y hasta familiares. En el extremo sur por ejemplo zona supuestamente más conflictiva, las grandes familias que controlan la propiedad rural, y los circuitos financiero-comerciales, son las mismas. Tanto para un chileno, como para un argentino, será sorpresivo constatar que los Menéndez, o los Braun por citar un caso, son “originarios” del otro país y no del propio.

Es notable como las clases dominantes, han sabido usar esa situación de conflicto existente, para uso y consumo interno. Manifestaciones de ello no son cosa del pasado. Basta recordar lo ocurrido en los últimos años con el azaroso trámite que debió vivir el Tratado de Paz en el Beagle, y cómo en más de una ocasión las FF.AA. de ambos países fueron movilizadas ante un enfrentamiento proclamado como inminente.

Todo un abanico de razones, de mayor o menor calado, suele exhibirse para justificar la oposición entre uno y otro país. Se aduce por ejemplo, que el llamado “Destino Nacional”, percibido para Argentina como potencia y por

ende con aspiraciones de hegemonía en el Cono Sur y el continente, o para Chile como nación clave en el Pacífico Sur que por añadidura “controla” el paso de un océano a otro, sitúa a ambos países como enemigos potenciales. Se agrega, acercándose más a realidades que si bien no hay que sobrevalorar, sí hay que constatar, que algunas líneas de producción agraria e industrial hacen de ambos países competidores, que se enfrentan en el acceso al comercio internacional. Se adereza todo con razones a menudo coyunturales, propias a las situaciones internas de cada país. Y finalmente sin demasiada habilidad, se compone la mixtura que “fundamenta” la oposición más extrema.

De más está decir que para cualquier observador relativamente sensato, la oposición de destinos nacionales aparece como algo singularmente abstracto. En el mundo en que vivimos, nuestro países enfrentan entre otras cosas —y así lo admiten con frecuencia sus dirigentes más lúcidos— el tremendo desafío de mostrarse como viables y ser capaces de reconstruir las formas estructurales y los sentidos políticos que les permitieron llegar a ser una nación. Y en esta tarea, cuyo éxito no está para nada asegurado, los desafíos y condicionamientos que enfrentan son básicamente los mismos: aquellos provenientes de su inserción en el sistema económico y político mundial, que se transnacionaliza aceleradamente y que asigna a ambos un destino bastante distinto del que imaginan los autores de la mencionada teoría. Los desarrollos de las empresas transnacionales, la mundialización de las comunicaciones, controlada por el centro, el control de la tecnología y los circuitos financieros, son instrumentos no despreciables con que cuentan para imponerse, quienes sí pueden influir sobre nuestro “destino nacional” con un peso crecientemente decisivo.

Los conflictos, más artificiales que reales, que se han dado en la historia de la relación Chile-Argentina, siguen de uno u otro modo presentes en la fase actual. Hace sólo unos meses, productores argentinos interesados comprensiblemente en bajar los costos de la producción orientada a los mercados del Pacífico, reiniciaron el trayecto de sus exportaciones por territorio chileno. Sorpresivamente, el gobierno de Pinochet impuso condiciones —aplicación del impuesto al valor agregado; plazo máximo de 15 días para el tránsito de las mercaderías— que obviamente no favorecen, sino al contrario impiden, el aumento del intercambio y la complementación entre ambos países. Tras una tal actitud son discernibles por un lado, el objetivo político de la dictadura de tener una cierta capacidad de presión ante el gobierno argentino, que le permita mínimamente enfrentar el aislamiento en que se encuentra y por otro, su necesidad de responder a exigencias de productores agrícolas

chilenos, que creen ver amenazadas sus posibilidades de exportación por la competencia resultante.

De paso valga la pena acotar que una actitud de ese tipo, desmiente una vez más la proclamada política de las “ventajas comparativas”, que debía caracterizar el comercio exterior chileno según los planificadores de la dictadura.¹ Llama también la atención, las no poco frecuentes acusaciones de espionaje, que particularmente en Argentina suelen realizarse, sin que se vea con claridad, ni la utilidad que ello podría tener en caso de ser efectivo, ni los objetivos que las denuncias, generalmente publicitadas con generosidad, tienen.

Pero sería ingenuidad, afirmar que la persistencia de conflictos mencionada, obedece a puras consideraciones locales, más o menos válidas. Existe indudablemente un interés de la potencia hegemónica continental, los EE.UU., por mantener y si le es posible —casi siempre lo es— estimular los problemas. No es ciertamente ésta una preocupación primordial de la política exterior norteamericana —allí están su confrontación con la URSS y los desafíos de Japón y Europa, para preocuparse— pero ocupa un lugar importante en su diseño. En efecto, todo proceso de integración entre nuestros países, implica un mayor poder de presión y negociación para éstos, e inhibe por consiguiente, las posibilidades de que se les imponga desde el centro, los esquemas más favorables a éste en la crisis actual. La tarea por lo demás, no le resulta difícil a los operadores de la política exterior estadounidense. Ellos saben que cuentan en nuestros países, con la colaboración de sectores claves que se identifican más con los intereses ideológicos, políticos y económicos de EE.UU. que con los de la nación. Sugerentemente, un proclamado “nacionalismo”, de contenidos conservadores y hasta fascizantes, suele ser extremadamente funcional a tales políticas, en tanto y en cuanto concentra su acción en el plano interno —siempre contra sectores populares y democráticos— y en la oposición a países vecinos, sin tocar para nada las contradicciones reales entre nación y dependencia. No faltan quienes justifican y hasta hacen la apología de la dependencia.

Una esperanza y un gran paso adelante ha sido la suscripción por fin del Tratado de Paz por el Beagle, firmado en octubre de 1984. A partir de él, se abren perspectivas de reiniciar la complementación de las economías de ambos países, avanzar en su integración y disminuir las presiones armamentistas inherentes a conflictos limítrofes.

En fin, no son necesarios alardes de sagacidad analítica para percibir que más que una oposición, a menudo generada y alimentada artificialmente,

¹ Política por la cual la economía nacional, debería centrarse en los productos que tenga condiciones de colocar ventajosamente en términos de costos y precios, en el mercado internacional.

lo que caracteriza objetivamente la relación Chile-Argentina es la existencia insoslayable de lazos histórico-culturales, la comunidad básica de sus situaciones económico-sociales y la necesidad compartida de encontrar un modelo autónomo de desarrollo como países y a nivel del continente latinoamericano en su conjunto.

2. Los Movimientos Sindicales

En ambos países, han surgido movimientos sindicales que acusan características propias y distintas.

En Argentina, la CGT llega a ser un actor social y político poderoso en la post-guerra, durante una fase de expansión del capitalismo nacional y de drástica readequación de la estructura de poder y de las pautas de distribución del ingreso. El peronismo, sustento ideológico y político de la dirección sindical en los últimos cuarenta años sin contrapeso, de raíz básicamente nacionalista y populista, crea las condiciones para una identificación funcional con la cúpula gobernante cuando aquel es gobierno y genera un enfrentamiento no exento de violencia en ocasiones, con las dictaduras militares o gobiernos civiles que le suceden luego de 1955.

Llama la atención en la experiencia histórica de la CGT a partir del peronismo, el modo con que se vincula a lo militar, la Iglesia y el empresariado. El saberse factor de poder, independientemente de la coyuntura que se vive, hace que ella tienda frecuentemente a considerar formas de acuerdo con militares²; el reconocer como propios a los trabajadores, valores del catolicismo institucional, la hace desarrollar con la Iglesia Católica una relación permanente, que la jerarquía de esta acepta y estimula; y el verse a sí misma, por la experiencia que ha tenido y por los contenidos nacionales de la ideología que vehicula, como factor de desarrollo en los marcos del modo de producción dominante, la hace mantener con el empresariado una vinculación que es más de diálogo y concertación, que de conflicto de clase.

De paso digamos que cuando lo nacional de la C.G.T. cae en "nacionalismo" primario, no vacila en adoptar posiciones como la que adoptó con motivo del Tratado de Paz por el Beagle; la de oponerse a él. Más allá de que en ello influyó por cierto la actitud política opositora del peronismo, el fenómeno

² Salvo por razones comprensibles, durante los años 76-83, período del llamado "Proceso de Reorganización Nacional", al menos en tanto organización.

revela cuestiones ideológicas de fondo, que no deben desconsiderarse si de lo chileno se trata.

Por otra parte, el sindicalismo argentino a diferencia del chileno, adquiere formas estructurales más avanzadas y modernas³, desarrolla una verticalidad direccional que a pesar de los caracteres burocráticos que señalan con bastante acierto sus críticos, no lo inhabilitan del todo para movilizar masivamente —experiencias con los paros nacionales, incluso en tiempos de dictaduras militares— y llega a tener un peso financiero, vía control de la seguridad social de los trabajadores, que le permite dotarse de una infraestructura material considerable e influir en la vida socio-económica del país, por canales que no son necesariamente las luchas de masas.

En Chile nos encontramos en igual período con un sindicalismo bastante distinto. La C.U.T. llega a ser en los años anteriores al golpe de estado, uno de los factores más determinantes de un movimiento popular básicamente definible como revolucionario, en la medida en que plantea para el país transformaciones que hacen a la estructura productiva y apropiación del excedente, al sistema político-estatal y a la organización y funcionamiento de la sociedad.

El sindicalismo chileno, que alcanza su madurez con el desarrollo y consolidación de la C.U.T., desarrolla históricamente vínculos especiales, de complementación e interrelación con los partidos de izquierda —P.C. y P.S.—, que son en el Chile moderno fuerzas gravitantes en el sistema político nacional⁴. Por esa vía, se adscribe a una cultura ideológico-política de raíz marxista, con lo que ello significa en tanto voluntad transformadora por una parte, y dificultad para levantar un proyecto de mayorías por otra, habida cuenta de los acusados perfiles dogmáticos que en general adquiere el marxismo en la experiencia chilena. Las difíciles relaciones entre el sindicalismo más tradicional y la democracia cristiana, tendencia que tiene una implantación significativa entre los trabajadores pero que sólo en los últimos quince años logra darle consistencia política y orgánica, no contribuyen a dotar al movimiento sindical de un discurso y una política que le hagan posible ir más allá de una pura concepción clasista. En ese sentido, la problemática nacional, en tanto hace a la nación en su conjunto

³ Es predominante en él por ejemplo, la organización por rama de producción, o por sectores de cada una de estas.

⁴ Están varias veces en el gobierno durante los últimos cincuenta años, y llegan a controlarlo durante el período de Salvador Allende, años 1970-73.

y a sus diversos componentes, no es tema importante en la cultura sindical chilena, al menos hasta 1973. Por ponerlo a vía de ejemplo, y en tanto comparación con lo argentino, lo militar se ignora en los hechos, la Iglesia es vista principalmente como obstáculo y el empresariado exclusivamente como antagonista.

Desde sus orígenes, reconocibles en la memoria colectiva a través del rol fundacional de Luis Emilio Recabarren, el sindicalismo chileno muestra caracteres de masa, unitarios y clasistas. Su rol reivindicativo de defensa de los intereses primarios de los trabajadores, es inseparable de su rol político, en tanto integrante de un movimiento popular revolucionario. Así, las conquistas socio-económicas y laborales, son producto más de luchas, a menudo muy duras y conflictivas, que de mecanismos institucionales ad-hoc. Sus formas organizativo-estructurales trascienden de modo precario la empresa o la unidad de trabajo, y las organizaciones de segundo y tercer grado —federaciones y central— no adquieren salvo la CUT en los últimos años, la consistencia necesaria como para imponer la negociación por rama o sector productivo. Su infraestructura material consecuentemente, es más bien precaria. Sería un error sin embargo, afirmar que nos encontramos ante un movimiento sindical débil y poco significativo socialmente. Por el contrario, es la peculiar forma de relación con los partidos populares, su capacidad unitaria y de masas y el específico contexto en que debe desenvolver sus luchas⁵ lo que explica que a pesar de sus precariedades, juegue un rol que por momentos es decisivo y se constituya en un actor social que nadie que quiera influir en el país o dirigirlo, puede ignorar.

Hay entonces entre el sindicalismo argentino y el chileno, diferencias históricas y culturales significativas, que ignoradas pueden dar lugar y lo han hecho, a incomprensiones, prejuicios y dificultades que obstaculicen una mutua comprensión. Hay también coincidencias que no deben ser desconsideradas, mencionaremos dos: el carácter unitario y masivo que adquieren ambos, fenómeno que no es de ocurrencia frecuente en nuestros países y que les acerca; el significativo peso político y social que ambos tienen, generador de posibilidades para asumir una cierta representatividad nacional. Ello sin hacer referencia a consideraciones de tipo internacional, tema que trataremos más adelante.

⁵ Caracterizado por una constante agudización del conflicto social y la consiguiente politización, factores que van siendo determinantes en el proceso histórico.

3. Un punto a considerar: Las diversas situaciones de Argentina y Chile, hoy

En el tema que motiva este trabajo, no es posible obviar un dato de realidad determinante: mientras Argentina vive con todas sus complejidades un proceso de reconstrucción y consolidación de la democracia, Chile está aún en una fase de lucha contra la dictadura y de echar las bases para la erradicación de un autoritarismo que dura ya 13 años.

En efecto, a partir de diciembre de 1983, Argentina vive un período democrático, caracterizado por la recuperación de las libertades y derechos esenciales y en que el sistema busca formas de tratamiento a la profunda crisis a que lo llevó la dictadura militar. Escapa a los marcos que nos hemos propuesto, intentar una evaluación política en términos de la confrontación gobierno-oposición. Lo que sí interesa es destacar aquellos datos de la realidad actual, que tienen que ver de modo más directo con las perspectivas del movimiento sindical y con sus capacidades para relacionarse con su congénere chileno.

En esa línea, lo primero que habrá que consignar, es que para el movimiento sindical argentino no está claro que el actual gobierno constitucional represente una opción válida en cuanto a resolver la crisis económico-social que afecta al país. Hay aparentemente dos vertientes que alimentan una tal actitud: la primera hace referencia a la tradicional oposición entre radicales y peronistas, y a la imposibilidad que se le asigna a aquellos de partida, para reconocer y expresar los intereses del movimiento obrero; la segunda, a la percepción, de que el actual gobierno no puede ni quiere atacar el problema de la dependencia nacional y asumir los contenidos de liberación, tan propios al mensaje peronista tradicional. Más allá de lo justo de ambas reflexiones, y algo de realidad y falso va a haber siempre en ellas, al nivel de generalidad en que están enunciadas, lo que aquí interesa destacar, es que se va generando entre el gobierno y movimiento sindical actitudes y prácticas políticas antagónicas, en circunstancias en que para ambos es básico la mantención y defensa del orden democrático alcanzado. Por ese camino, se convoca a la concertación económico-social, pero las exigencias y condicionantes del plan económico vigente imposibilitan a uno una voluntad efectiva de concertar —vale decir, de ceder— y la presión proveniente del desempleo y la caída del salario real, enmarcan al otro en una exigencia intransigente de reivindicaciones, difícilmente obtenibles al menos en plazos cortos y dado el actual modo de inserción argentino en el sistema económico-financiero internacional.

El peligro para ambos, es la tentación en recaídas autoritarias. Para el gobierno porque le dificulta en extremo las posibilidades de generar un consenso nacional-popular que factibilice un proyecto asentado en las mayorías. Para el movimiento sindical, porque entre sus bases se genera desafección ante el sistema democrático y resurgen en la cúpula mensajeros, que nunca han faltado, de opciones golpistas.

Una segunda observación, referida más específicamente a la actitud del movimiento sindical en el actual período que vive Argentina, es que este no distingue aún algunos contenidos que hacen a aspectos, a nuestro modo de ver básicos, de toda propuesta sindical democrática en la crisis: Todas las reivindicaciones de participación de los trabajadores en los mecanismos de gestión; las que se refieren a los ritmos y cadencias de trabajo, en el marco de la implementación de nuevas tecnologías; las provenientes de formas originales de producción y comercialización de productos, con miras a generar empleo; las referidas al medio ambiente y la calidad de la vida; las propiamente sociales, en cuanto necesidad de expresar y organizar a los trabajadores por cuenta propia y/o desempleados; las formas más conocidas y operables de salario indirecto; en fin, la lista puede ser larga y no se agota allí. Lo que importa es que el tipo de carencias anotadas, asignables a una concepción puramente institucional de la democracia, desconsidera sus necesarias dimensiones a nivel social, rigidizando el conflicto, formalizándolo en sus contenidos y desarrollos e impidiendo un tratamiento que completamente lo representativo propio a las formalidades institucionales, con lo participativo más inserto en las directas realidades sociales. Justo es decir, que a las carencias sindicales en este aspecto, se suma una indiferencia fácilmente perceptible en las estructuras de poder.

En lo que se refiere a Chile, el movimiento sindical ha enfrentado desde 1973, todo lo que significa la instalación de un régimen autoritario, que entiende como condición para mantenerse en el poder, la necesidad de dispersarlo y de impedirle incluso a través de la represión física, toda expresión autónoma de sus reivindicaciones y fuerza. No es poco en una experiencia como la chilena, atravesar una historia con esas características e intentar superarla con éxito. Y no lo es, porque si hay algo que caracterizó el desarrollo obrero en Chile, fue que se realizó en un proceso ascendente —no exento es claro, de puntos de inflexión— de conquistas socio-económicas y consolidación organizativa y política, realizado en condiciones de legalidad democrática.

En estos años, el sindicalismo chileno ha tenido que ir descubriendo en su práctica, el modo de resolver la compleja relación entre las reivindicaciones más inmediatas que generan y sustentan la movilización social y las de carac-

ter político —en este caso, pura y simplemente la democracia— que le dan coherencia y perspectivas durables. Eso en un marco que implica un elevado porcentaje de no sindicalización (89% de la fuerza de trabajo), efecto doble de la represión dictatorial, de la “legislación” que la acompaña y de las precariedades político-organizativas propias a la actual situación del movimiento; una muy difícil relación entre dirigentes y base, en general por las mismas razones que hacen a la baja sindicalización; y una drástica modificación estructural, perceptible en la disminución de la fuerza de trabajo asalariado, producto del modelo económico neo-liberal impuesto por la dictadura.

Un hecho significativo de estos años, es que por primera vez en su historia se genera en Chile una división del movimiento sindical, con posibilidades de perdurar. Existe hoy día el Comando Nacional de Trabajadores (CNT) que reúne las presiones orgánicas más importantes y recoge las tradiciones unitarias y combativas de los trabajadores chilenos. En el CNT participan de modo destacado, la Coordinadora Nacional Sindical (CNS) y la Confederación de Trabajadores del Cobre. La primera surgida luego del golpe militar, es la organización más importante que integra el Comando y en ella participan tendencias de izquierda y demócratacristianos. Está por otra parte la llamada Confederación Democrática de Trabajadores (CDT) que alcanza a organizaciones de peso, cuenta con una infraestructura considerable —con apoyo de la AFL-CIO norteamericana— y expresa una concepción ideológica no clasista, moderada o tecnocrática en cuanto contenidos programáticos, y de rechazo a la unidad. La CDT, está integrada en su dirección, por cuadros sindicales adscritos principalmente al Partido Demócrata Cristiano, que apoyaron en los primeros años la dictadura y más tarde se pasaron a la oposición. Hay por último otras expresiones diversas en cuanto significación, tales como el Movimiento Sindical Unitario (MSU), el Frente Unitario de Trabajadores (FUT) y otras menores, en general de uno u otro modo incorporadas al CNT, y unitarias por tanto en lo que hace a concepción y política. El MSU es de orientación socialista y en él participan sectores de esa tendencia que no se integraron a la CNS. El FUT está conformado por dirigentes demócratacristianos afiliados a la CLAT.

A pesar de su división y dado que es el CNT quien largamente predomina en tanto organización representativa, el movimiento sindical chileno ha sido capaz de generar hechos e iniciativas que le han permitido jugar un rol político considerable, particularmente desde mayo de 1983, fecha de la primera jornada de Protesta Nacional, que él convocó. Rol de convocatoria amplia e indiscutible, a todo el espectro social y político democrático, que le ha permitido asumir simultáneamente dos tareas esenciales para su futuro: una, la de favorecer a impulsar la movilización activa contra la dictadura, otra,

la de ir recomponiendo orgánicamente su propia estructura y modos de acción, a nivel de todo el país.

Son diversas las exigencias que se pone para hoy y mañana, a los sindicatos chilenos. Se puede afirmar que ha avanzado mucho en términos de la dimensión nacional de su propuesta: mal que mal, es la supervivencia de la nación lo que parece estar en juego por la profundidad de la crisis. Se avizoran también desarrollos nuevos e inéditos en un tema que resulta crucial, el de la autonomía del movimiento respecto a los partidos. Está por otra parte, la incógnita en torno a la recomposición de la unidad que históricamente caracterizó la historia sindical chilena. Y se aprecian por último inquietudes en cuanto a lo que significará para mañana la necesaria estabilidad de un sistema democrático, confrontada a la también impostergable satisfacción de las demandas de los sectores más afectados por la crisis y proclives a una actitud rupturista. En un horizonte más lejano pero no por eso evitable, se percibe el tipo de exigencias producto de la reestructuración productiva, de las formas sociales que hacen a la democracia y de las dimensiones distintas que adquieren las reivindicaciones cuando la economía muestra límites inevitables para satisfacerlas (cuestiones a las que nos hemos referido al tratar de la situación argentina actual).

4. Algo en común. Las mutuas dificultades para distinguir lo internacional

Si hay algo que caracteriza —problemáticamente— a los movimientos sindicales de ambos países, es su incapacidad para percibir en toda su significación, el terreno de la acción internacional.

Hay en el tema, una neta subvaloración o desconsideración de todo lo que implica como factor interno a cada país, la nueva división internacional del trabajo, acelerada por la crisis y vehiculada por la transnacionalización de la economía. Hay otra parte, una percepción de lo internacional, casi puramente instrumental, en su acepción más irrelevante: posibilidad de obtener determinados apoyos, considerados casi siempre en sus efectos internos y/o posiciones que los hagan más posibles.

Lejos se está de tener una actitud y política como las que van asumiendo los gobiernos, los partidos, otros sectores como los empresarios, etc. Es esta una insuficiencia que afecta a casi todo el movimiento sindical de América Latina, pero que es particularmente significativa tratándose de países que como Chile y Argentina, están destinados a integrarse crecientemente, lo que presupone una atención específica a lo internacional, que no se observa.

Toda una temática, que alcanza a cuestiones como: la crisis y la deuda externa; el Nuevo Orden Económico Internacional; las empresas transnacionales; los problemas de la paz y la carrera armamentista; la integración latinoamericana y entre los dos países; los procesos que hacen a los medios de comunicación de masas; y que va definiendo los marcos de una política internacional seria, aparece bastante ausente. También lo que es hoy día la organización sindical del continente, la reconstrucción de su fuerza y la readecuación de sus estructuras y política.

5. Los desafíos comunes y las líneas generales de acción

A nivel de exigencias de la realidad de hoy y previsibles de mañana, los dos movimientos sindicales tienen desafíos políticos que les son difíciles de evitar.

- Lo primero se ubica en el marco de la crisis y la necesidad de influir en ella en el sentido del interés general de los trabajadores, a nivel nacional e internacional.
- Lo segundo y en conexión con lo anterior, se resume en la tarea de asegurar un tránsito a una democracia efectiva y estable, en la línea de un desarrollo autónomo, para ambos países y el continente.

Si en síntesis muy general ello es así, se desprende un conjunto de líneas de acción que resulta necesario impulsar desde ya. En apretada enumeración, pensamos en temas como los siguientes:

- La realización sistemática y urgente de un amplio y acelerado proceso de conocimiento mutuo, de las diversas historias, situaciones, características y finalidades que se observan en uno y otro. El objetivo es aquí no sólo acercarlos y promover una toma de conciencia compartida, sino también despejar prejuicios a veces arraigados, que dificultan toda acción eficaz.
- La búsqueda en conjunto de los contenidos principales de una política internacional común, empezando por lo que se refiere a la situación de América Latina —deuda externa, procesos de integración—; por lo contenido en lo que es el Nuevo Orden Económico Internacional; el diálogo Norte-Sur; los problemas de la carrera armamentista; y al menos toman-

do aunque sea de modo inicial, los problemas más inmediatos de la complementación económica-política entre ambos países.⁶

- La generación de mecanismos y procedimientos mutuamente aceptados y necesarios para llevar adelante la política común. Por ejemplo un Comité Coordinador Permanente, dotado de una mínima infraestructura que le permita originar y dar seguimiento a las iniciativas y acuerdos que se vayan adoptando.
- Por último hay todo un aspecto más específicamente sindical de una política internacional, que abarca temas como el movimiento sindical latinoamericano y mundial; los organismos intergubernamentales del continente y la ONU; la OIT y otros, en los cuales resulta posible pensar iniciativas comunes.

En toda esa gama de temas enunciados, es decisivo sumar el aporte de “capacidades instaladas” de estudio e investigación, existentes en instituciones académicas de ambos países, que se ocupan de cuestiones relacionadas con el movimiento sindical. La complejidad de los fenómenos en curso, y las precariedades de percepción que se han anotado, hacen imperativo acercarse a la reflexión intelectual existente en lo que a cuestiones internacionales se refiere, por ejemplo a la realidad de un actor que como el movimiento sindical, está convocado para jugar un rol en ellos.

Sin embargo, es también claro que el nivel de responsabilidades y/o capacidades de actuar eficazmente hoy, de uno y otro movimiento sindical, no es el mismo. Parece evidente que quien debe jugar en esto un rol inicial más importante, es el argentino, en concreto, la CGT. Porque tiene mejores condiciones a nivel de su país y obvias posibilidades materiales para dar el empuje de partida; y porque puede dar contenidos políticos concretos a una solidaridad que hoy es urgente, con la lucha del movimiento sindical chileno por la democracia, sin la cual difícilmente este podrá asumir las responsabilidades que se le exige. En este sentido, es imprescindible un apoyo claro y permanente de la CGT al CNT, a su plan de lucha y por otra parte el desarrollo de todo conjunto de iniciativas de solidaridad en Argentina y hacia Chile.

⁶ Por ejemplo: los planes económico-comerciales de integración; las iniciativas de compatibilizar las legislaciones laborales de ambos países; el tratamiento de los trabajadores inmigrados o fronterizos; la cooperación cultural y política, etc.

Por allí van, y de modo muy genérico, las consideraciones que hacen a la relación Chile-Argentina vista a la luz de lo sindical. El tema está puesto, el campo de lo común aun considerando particularidades, es amplio; el futuro de ambos países y del continente desafía a actores sociales que como el movimiento sindical, no quieren quedarse al margen de la historia. Algo se ha hecho, otro tanto se ha estudiado, son tiempos de iniciativas de mayor calado y alcance.

